

aprovisionamiento. Terencio, en cambio, á fuer de hombre populachero, y confiado en la superioridad del ejército romano, ardía en impaciencia por librar con sus tropas, ganosas de lucha, un sangriento combate contra los cartagineses. Al llegar los dos cónsules á la corriente del Aufidus (hoy Ofanto), emplazaron sus campamentos cerca de las posiciones de los cartagineses, es decir, entre las ciudades de Canusium y de Canas, en las dos orillas de la corriente del mencionado río. Las dos terceras partes del ejército acampaban á la derecha, no lejos del campo cartaginés; el resto se había situado á la izquierda, algo mas abajo, á media hora de distancia de las tropas de Anibal. Emilio y los oficiales mas circunspectos hubieran evitado de buena gana esta batalla que el general cartaginés deseaba tanto mas, cuanto que aquella llanura era muy favorable á sus planes; pero Terencio, cuyo ardor había aumentado, segun se dice, por una victoria parcial de las avanzadas, no se hizo sordo al llamamiento de Anibal, y, en una hermosa mañana de junio, dió las órdenes necesarias para librar la batalla, que Anibal, contento al ver la resolución del cónsul, no titubeó un momento en aceptar. Varron, sin dejar en el gran campamento de la orilla derecha mas que 10,000 hombres que, durante el combate, debían atacar el campamento cartaginés, atravesó con el resto del ejército el Aufidus, á la sazón casi seco, y una vez en la orilla izquierda, no lejos del pequeño campamento romano, cuyas fuerzas llevó consigo, no titubeó en escoger como campo de batalla un terreno situado al Oeste de Canas, en donde la corriente del río, que hasta este punto se dirigía al Nordeste, estaba cortada por un recodo que le obligaba á encaminarse al Sudeste; de suerte que el centro del ejército romano formado en batalla, miraba hácia el Sur. Terencio ordenó los 76,000 soldados con que pensaba hacer frente á Anibal de tal suerte, que en el ala derecha, apoyada en el Anfídus, se encontraba el cónsul Emilio con los escuadrones romanos; la infantería, formada en espesas filas, constituía el centro y estaba mandada por los tribunos consulares Servilio, Atilio y Minucio; y la caballería itálica ocupaba el ala izquierda bajo las órdenes de Terencio en persona.

Anibal que, si bien oponía á los 6,000 caballos romanos los 10,000 que formaban su caballería, solo contaba con 40,000 hombres para contrarrestar á la infantería enemiga, ayudado por su hermano Magon, por el general de caballería Asdrúbal y por la disciplina de su ejército, apeló á su excelente estrategia para vencer á las superiores fuerzas de Terencio. Terminadas las escaramuzas que apoyaban y ocultaban la marcha de los romanos y la de los cartagineses conducidos por Anibal sobre el Aufidus, que se extendía á sus espaldas en forma de arco, vieron los romanos en el ala izquierda cartaginés, que se apoyaba en el Aufidus, la caballería hispánica y celta mandada por Asdrúbal, y en el centro, en donde dirigían la batalla Anibal y Magon, se encontraron en primer término con los regimientos celtas é hispánicos. A derecha é izquierda de esta línea, es decir, junto á las alas, veíanse los soldados africanos armados á la romana y formados de tal manera que el centro, mirado desde el punto ocupado por los romanos, se asemejaba á una media luna. El ala derecha, por último, la formaba la caballería nómada.

La batalla comenzó con un terrible ataque de la caballería cartaginés: los caballos que al mando de Asdrúbal había situado Anibal en el ala izquierda, trabaron rápidamente sangriento combate con los del ala derecha romana, quedando esta completamente derrotada, dispersándose por la llanura los romanos, cuyo caudillo Emilio, á pesar de sus heridas, corrió hácia las legiones para participar de la suerte que el destino las reservara. Hecho esto, lanzóse Asdrúbal por retaguardia y por los flancos sobre la caballería romana del ala izquierda que,

mandada por Varron, había resistido hasta entonces los ataques de los nómadas, y que quedó entonces por completo destruida. Mientras los nómadas perseguían á los dispersados escuadrones, el infatigable Asdrúbal, con sus victoriosos soldados, cayó sobre el punto capital de resistencia, es decir, sobre la infantería romana, que hasta aquel momento había luchado con éxito contra los regimientos hispánicos y celtas de Anibal. Así, cuando las apiñadas y compactas columnas romanas avanzaban victoriosas, los veteranos africanos, armados á la romana, atacaron los flancos derecho é izquierdo, deteniendo el movimiento de avance del enemigo y salvando á los celtas é hispánicos que iban ya á ceder. Mientras la masa principal de las legiones y de las tropas itálicas procuraba con energía salvarse rompiendo las filas de la infantería de Anibal, Asdrúbal atacó con todas sus fuerzas la retaguardia, que no estaba defendida, de suerte que la infantería romana se vió poco á poco envuelta por todos lados. Era imposible organizarse de nuevo en columnas; así es que la lucha se convirtió en horrible carnicería que, semejante á aquella de que nos habla la historia de la guerra de los mogoles de la Edad media, hizo odioso para siempre á los romanos el nombre de Anibal. Cuando, despues de diez horas de lucha, el día tocaba á su fin, el poderoso ejército de Terencio había desaparecido: Anibal, que había perdido 8,000 hombres, había alcanzado la mas colosal de sus victorias. Setenta mil romanos habían perecido en el campo de batalla, contándose entre ellos casi todos los oficiales y 80 senadores. Los prisioneros hechos se contaron por miles, pues la misma guarnición del gran campamento se entregó en su mayor parte, al siguiente día, á los cartagineses. Solo unos centenares pudieron huir á Canusium, reuniéndose poco á poco 4 ó 5,000 hombres en la fortaleza de Venusia con Terencio que había sobrevivido á este día de horrores y que con 70 caballos se había librado de la muerte. Segun otros cálculos, las pérdidas de los romanos fueron 48,000 muertos y 23,000 prisioneros, pudiendo salvarse 14,000.

La impresion que la noticia de tal catástrofe produjo en Roma fué naturalmente fatal, siendo contados los hombres que no temblaron al considerar la suerte que estaba reservada á la ciudad de Rómulo. Y aun aquellos que con firme ánimo resistían los comunes lamentos y la angustia general, no podían pensar otra cosa sino que el porvenir de su nación dependía de las murallas de la capital, y que no habían de trascurrir muchos dias sin que las sanguinarias columnas del vencedor de Canas apareciesen en las orillas del Anio y del Tíber para tomar por asalto el Capitolio. Pero en medio de estas horas de abatimiento, despertóse en la ciudad de las siete colinas y entre los restos del ejército destruido en Canas, aquel valor que había animado á las pasadas generaciones en los tiempos calamitosos. El orgulloso y fuerte sentimiento nacional, la inextinguible tenacidad de que tantas pruebas había dado la nación en las luchas entre la nobleza y la plebe, aquella férrea resistencia, ante la cual se había estrellado el mismo Pirro, y sobre todo el valor heroico que no lograban conmover los mayores desastres, la actividad y el sentido práctico que en las luchas intestinas hasta entonces habían sido tan perjudiciales, tales fueron las cualidades de que dieron muestra en esta ocasión los romanos. Un joven héroe de diez y nueve años, Publio Cornelio Escipion, que ya en la batalla del Tesino había salvado la vida á su padre, y que había de ser el futuro vengador del pueblo romano, consiguió con su serenidad y conducta varonil, vencer el desaliento que cundía entre los infelices fugitivos de Canas refugiados en Canusium, aterrizados por los efectos de una batalla en la cual había perecido la flor de la juventud romana, y evitar que huiesen al extranjero un gran número de

jóvenes, presa del mayor abatimiento. Al propio tiempo, el Senado distinguióse, el primero en Roma, por ser el mantenedor del sentimiento nacional y la columna en que se apoyaban los romanos que aun confiaban en la salvación de la patria. Nunca como en aquellos dias de desgracia aparecieron en Roma tantos grandes hombres que traspasaron los límites de lo sobrehumano, ó por lo menos así nos lo parece á los hijos de otra nación y de una época separada por tantos siglos de los héroes de aquella lucha titánica. Es un hecho imponente, admirable, la antigua y enérgica fortaleza y la tenacidad con que los romanos supieron abrirse un camino que debía conducirles á la victoria definitiva, á pesar de la decadencia de una vida debilitada por tenaces luchas y que desapiadadamente rechazaba á los hijos de la propia ciudad, cuyo solo delito consistía en no haber perecido en el campo de batalla bajo la espada de los celtas, de los hispanos ó de los africanos.

El Senado, diezmado hasta lo sumo y dirigido por hombres como el anciano general Fabio Máximo y el vencedor de los celtas Claudio Marcelo, comenzó á tranquilizar la ciudad: las puertas de ésta fueron cerradas y ocupadas militarmente, pues nadie debía salir de Roma; procuróse que no se comunicase al exterior la tristeza del pueblo, y sobre todo se puso término á las discordias intestinas. El Senado, dando pruebas de gran magnanimidad, fué el primero en tender la mano á la plebe: solo una bandera debía unir á todos, la salvación de la patria. El Senado se mostró, además, á la altura de su misión, cuando, despues de haber llamado á Roma al infeliz Terencio Varron, salió á recibirle á las puertas de la ciudad y le dió las gracias por no haber desesperado de salvar á su patria. Llamóse en seguida una legión que había sido enviada á Campania para impedir que los cartagineses atacaran la Sicilia, y se hizo todo lo necesario para no dejar que se desanimasen los abatidos aliados itálicos. Pronto encontró Roma ocasión en que mostrar al mundo entero, en todo su esplendor, la colosal energía de sus hijos.

El ejército cartaginés no se presentó ante los muros de Roma: no faltaban, sin embargo, en el campamento de Anibal oficiales que le aconsejaban se apresurase á librar cuanto antes la batalla decisiva contra la ciudad, y aun se dice que su audaz compañero de gloria, el general Maharbal, le había hecho la siguiente proposición: «Déjame marchar delante con la caballería, sigúeme tú á toda prisa, y antes de cinco dias comerás en el Capitolio.» Pero el gran cartaginés pensó y obró de distinto modo, pues harto sabia que las fuerzas del Estado romano, á pesar del desastre de Canas, eran muy considerables: conocía, además, que difícilmente podría permanecer en el Tíber doce dias, y que, sin el conveniente apoyo político y militar, hubiera sido una peligrosa temeridad atacar con sus escasas fuerzas, compuestas en su mayor parte de caballería ligera y de celtas, una ciudad como Roma, grande, fortificada y dotada para tales luchas de enérgicos y excelentes defensores.

Anibal pensaba utilizar su victoria ofreciendo á los romanos la posibilidad de firmar una paz permanente y favorable naturalmente á Cartago. A este efecto entró en tratos con los muchos prisioneros romanos que en su poder tenía, declarándoles que, en caso de que el Senado aceptara, podrían adquirir la libertad pagando un rescate de 500 denarios por cada caballero y 300 por cada legionario. Diez de ellos deberían marchar á Roma para defender así su causa, acompañándoles como embajador de Anibal uno de sus hombres de confianza, Carthalo, el cual, en caso necesario, negociaría con el Senado los preliminares de la paz.

Anibal había de aprender á conocer en aquella ocasión toda la energía de los romanos: la tenacidad de estos se

aferró en la teoría de Apio Claudio, y no pudo tratarse de la paz porque Carthalo no pudo penetrar en la ciudad. Hubo mas: en aquellos momentos en que Roma había perdido la séptima parte de sus soldados itálicos, en que, para cubrir las bajas sufridas, hubo de apelar á los esclavos emancipados, y en que había sido destruido el ejército del pretor Lucio Postumio, enviado á la Alta Italia para someter á los celtas, rechazó el Senado, despues de un reñido debate, el rescate de los prisioneros de Canas, y condenó á los hijos de su pueblo á la dura condicion de prisioneros de guerra ó á ser vendidos como esclavos en Africa y en el Oriente griego, suerte que el mismo vencedor hubiera querido evitarles. Proclamóse la «guerra á cuchillo» contra los cartagineses y se ordenó á los ciudadanos romanos que en la batalla escogiesen entre la victoria y la muerte. Para afirmar mas este sistema, con los soldados que habían escapado de la derrota de Canas, se formaron dos legiones, á las cuales se degradó obligándolas á prestar, sin paga alguna, sus servicios en el ejército de mar y tierra, en cuya situación debían permanecer hasta que la guerra hubiese terminado. Admira, en verdad, el fanatismo con que los romanos, para aplacar la cólera de los dioses (no contentos con emparedar á una vestal culpable y con la muerte de su seductor, ni con el viaje que hizo á Delfos Q. Fabio Pictor, celebrado mas tarde en Roma como el primer analista), mandaron enterrar vivos en el mercado de los bueyes, siguiendo las prescripciones del libro secreto de los destinos, de origen probablemente etrusco, á un griego, á una griega y á un varon y hembra celtas.

VII.—CÁPUA Y LOS SABELIOS SE PASAN Á ANIBAL. DESGRACIA DE LOS CARTAGINESES EN ESPAÑA

Las esperanzas que alimentaba Anibal de poder vencer la resistencia de los romanos se fundaban, además, en otras consecuencias de la batalla de Canas, siendo una de estas la descomposicion que en una parte de Italia se notó entre los aliados de Roma. Poco despues de la batalla de Canas la poderosa ciudad de Arpi y otros lugares de la Apulia y la ciudad de Ugentum, en Mesapia, se pasaron á los cartagineses: muchos contingentes púnicos se dirigieron, además, al Sur de Italia, en donde los lucanos y los brucios, ganados por Magon, se levantaron en pro de Anibal, y únicamente Consencia y Petelia hubieron de ser tomadas á la fuerza. Anibal en persona, que al través del Samnio se dirigía á Campania, se atrajo á su causa á la mayoría de los samnitas, á excepcion de los pentreres, y á los picentinos de la comarca de Salerno. Pero lo mas trascendental fué sin duda el haber conseguido que se aliase con Cartago la ciudad de Cápu, que era considerada como la segunda de Italia, lo cual solo se consiguió despues de serias luchas entre la democracia local y la nobleza adicta á Roma, cuyo jefe, Decio Magio, fué entregado á Anibal y conducido á Cartago. Sin embargo, el buque que le conducía naufragó junto á Cirene, y él pudo llegar sano y salvo á Egipto, en donde recobró la libertad, sin regresar, á pesar de ello, á Italia. Para su posterior desgracia, los capuanos habían coronado su separacion de Roma asesinando á muchos romanos que se encontraban en la ciudad: Anibal les dió 300 prisioneros romanos para que sirvieran de rehenes de los 300 soldados de Cápu que se encontraban en Sicilia al servicio de Roma. Atela y Calatia siguieron el ejemplo de la capital de Campania. Anibal había llegado al apogeo de sus conquistas.

En el estado en que se encontraban las cosas en el teatro de la guerra itálica, el gran general cartaginés, á pesar del éxito que había coronado sus primeras empresas, no se entregaba á desmedidas esperanzas; pues por mas que

hubiera conseguido mucho, después de meditados cálculos, se había convencido de que el poder de los romanos solo podría ser destruido el día en que aumentasen las defecciones de los itálicos y en que los cartagineses recibiesen grandes refuerzos del exterior. La influencia de algunos sucesos tristes acaecidos en Italia, como la destrucción de cuantas esperanzas se habían puesto en los auxilios prometidos del extranjero, y el incomprensible retardo de Asdrúbal, cuya llegada al Norte de Italia se esperaba hacia años, coincidieron con el robustecimiento del ejército romano, comenzando a tomar la lucha, desde el punto en que los capuanos se pasaron a los cartagineses, un giro desfavorable a éstos.

Cuando el hermano de Aníbal, Magon, después de haber conseguido que se sublevaran las comarcas brucias, se presentó en Cartago como embajador de su poderoso hermano con las nuevas proposiciones de éste y con la noticia de la victoria, el entusiasmo de los cartagineses llegó a su colmo; aumentando la alegría cuando Magon arrojó, al penetrar en la sala de reuniones de la Gerusia, los innumerables anillos de oro de los caballeros romanos que habían perecido ó sido hechos prisioneros por Aníbal en Canas. El gobierno cartaginés aceptó sin titubear las condiciones establecidas por Aníbal para la feliz continuación de la guerra. El partido contrario, capitaneado por Hannon, el antiguo enemigo de los Barcas, era por completo impotente, y tuvo que limitar su oposición a una crítica acerba, demostrando lo que Aníbal mismo reconocía, es decir, las dificultades que a la empresa se oponían mientras las municipalidades latinas y los miembros de las tribus romanas se mantuviesen fieles a la capital. Esto no obstante, los gobernantes cartagineses enviaron grandes refuerzos a su afortunado general, ordenando que se remitieran desde luego a Aníbal los recursos pecuniarios que solicitaba, y además 4,000 caballos nómadas y 40 elefantes. Bomilcar fué el encargado de conducir al año siguiente a Italia estos refuerzos, reuniéndose con los cartagineses en Brucio, auxiliado por la escuadra que, siendo demasiado débil para luchar con la itálica, había conseguido, sin embargo, grandes resultados en esta guerra merced a la pericia de sus tripulantes que se habían distinguido por sus hábiles golpes de mano y por sus felices correrías en el Mediterráneo. Magon recibió, al propio tiempo, el encargo de aprestar rápidamente en España 20,000 infantes y 4,000 caballos. Además Asdrúbal, desde el momento en que su hermano se había creado en la Baja Italia una base de operaciones, debía apresurarse a conducir su ejército al través de los Pirineos a la Alta Italia, a fin de que pudiera cuanto antes darse el golpe decisivo de la guerra.

Aníbal estaba, pues, acorde en teoría con el gobierno de su Estado acerca de la continuación de la lucha; pero no era cosa tan fácil llevar a cabo un plan tan bien concebido. Asdrúbal obedeció el mandato del Senado y de su hermano, pero no le protegió la estrella que para los cartagineses había brillado en Canas. Los dos audaces Escipiones sabían perfectamente que la existencia política de su patria era lo que se defendía en el Ebro, y los soldados de su ejército comprendían asimismo que el porvenir de Roma dependía de la perseverancia de las legiones que en España se encontraban. Asdrúbal, que había sometido una tribu celtibera sublevada y que había recibido refuerzos de Africa, atacó a los romanos en las cercanías de Hibera (1), pero fué completamente derrotado, siendo esta victoria un destello de la antigua estrella de los romanos que aparecía en la oscura noche y que significaba la salvación de la ciudad de Rómulo. A con-

(1) Hoy Tortosa.

secuencia de este desastre, no recibió Aníbal los refuerzos que de España esperaba para dar el golpe decisivo. La victoria de los Escipiones permitió que los romanos se reanimaran hasta el punto de ponerse en condiciones de salir al encuentro del segundo hijo de Amílcar, cuando éste, después de una serie de años de expectativa, consiguió atravesar los Alpes; pero su resultado mas inmediato fué que desde aquel momento el teatro de la guerra de España adquirió, por lo menos, tanta importancia como la que hasta entonces había tenido el de Italia. Para los cartagineses lo principal era abrirse de nuevo paso por el Ebro y los Pirineos, y para los romanos reunir todas sus fuerzas y destruir la base de operaciones que en España tenían los africanos.

VIII. — MACEDONIA. SITUACION MILITAR DE ANÍBAL Y DE LOS ROMANOS RESPECTO A CÁPUA

Aníbal, entre tanto, no podía hacer mas que aprovechar la ocasión que la catástrofe de Canas deparaba a los cartagineses aquende y allende la península de los Apeninos. El colosal edificio del Estado romano, levantado a costa del trabajo y las sangrientas victorias de las pasadas generaciones, no solo se bamboleaba en la Baja Italia, sino que de algunos años a aquella parte y a consecuencia de las excitaciones de los cartagineses, crecía la agitación en las dos provincias ultramarinas, cuyo gobernante carecía de dinero y de víveres para las tropas. Esto no obstante, todavía estaban estas provincias a disposición de Roma, y en Siracusa seguía gobernando el anciano Hieron, que aun auxiliaba a los romanos con hombres y dinero. Pero el joven rey de Macedonia, Filipo V, que desde la batalla del lago Trasimeno había cedido a las excitaciones de Demetrio de Faro, desfavorables a los romanos, y desde la de Canas se había declarado en favor de Aníbal, se mostraba animado de sentimientos hostiles a Roma, bien que, por su poca experiencia política, no se mostró tan diligente como los cartagineses esperaban.

La influencia política que en Italia conquistó Aníbal con la batalla de Canas, no fué todo lo importante que hubiera podido ser, a causa de ciertas circunstancias inevitables. Cierro que era una gran ventaja para él que los romanos hubiesen perdido la mayor parte de los auxilios pecuniarios y las tropas que antes les proporcionaban los cantones septentrionales de la península; pero en cambio Aníbal no había sacado de estas comarcas todas las fuerzas que había creído obtener. Así fué que solo en parte consideró realizable el pensamiento de vencer a los romanos con los medios exclusivos que podía proporcionar la Italia; pues, por un lado, la fuerte Cápu, al pasarse a los cartagineses, había puesto como condicion que Aníbal no tendría el derecho de obligar a los ciudadanos campanios a servir en las filas de su ejército, y, por otro, los samnitas y lucanios habían perdido su antigua fuerza, su antiguo ardor guerrero, y el profundo odio que en otro tiempo profesaban a la capital del Lacio. Además, era naturalmente muy peligroso para Aníbal aparecer en sus nuevos dominios itálicos como un déspota. A esto se agregó que no solo los cantones de la Italia central, cuna de los mejores soldados de Roma, sino también las muchas colonias militares de la Baja Italia y las ciudades de los griegos itálicos, se mantenían constantemente fieles a Roma. Solo Crotona y la Lócride epicefiria se pasaron a los cartagineses, y aun esta última al hacerlo exigió condiciones muy favorables. Por todo ello, vióse Aníbal obligado a destinar una parte de sus no muy numerosas fuerzas a observar ó sitiar las fortalezas que a su espalda se levantaban. Asimismo la necesidad de proteger a los itálicos que a él se habían pasado contra la venganza de los romanos, le obligó muy pronto a mantenerse en una difícil defensiva, teniendo que abandonar el sistema

de ofensiva que le había caracterizado hasta la toma de Cápu. Entonces su principal tarea debía consistir en ahuyentar, cansar y entretener al enemigo, hasta recibir el fuerte auxilio, cuya llegada había de ser, según sus planes, en extremo perjudicial a los romanos; para esto contaba con la aureola en que, desde la sangrienta batalla del Aufidus, estaba envuelto su nombre y que tanta desazon causaba a los romanos, y con la fortaleza de su base de operaciones de la Baja Italia.

Los romanos, sin embargo, desde el momento en que, pasado el primer estupor de la batalla de Canas, y reconquistada su paz interior, el Senado con su acostumbrada energía, penetración y sentido práctico, tomó en sus manos la dirección de la guerra, decidieron combatir a su poderoso enemigo de un modo distinto del que hasta entonces habían adoptado. Convencidos de que no era posible vencerle por medio de rápidas y sangrientas batallas, se prepararon a mantenerse en una larga y perseverante defensiva aquende y allende el mar que separa la Italia de la península pirenaica. En España debía el ejército apelar, en lo posible, al sistema de ataque; en cambio en Italia los oficiales y soldados debían aprender ante todo a no dejarse vencer por Aníbal. Propusieronse, además, abolir el perjudicial sistema del cambio continuo de generales en jefe; elegir para el cargo de cónsules a oficiales expertos, conservándoles largo tiempo en el mando, proporcionarles los recursos necesarios, y escoger con gran cuidado los lugares y momentos oportunos para pelear con Aníbal. Entonces hubieron de comprender cuántos sacrificios eran necesarios para seguir por este camino: el Senado solo pudo disponer de los medios que le proporcionaban los cantones situados entre los límites septentrionales de los Apeninos y la línea del Volturno. La guerra dejaba sentir todo su peso en estas partes de la península, que, desde la batalla de Canas, fueron teatro inmediato de la lucha. Imposible es calcular el oro y los soldados que necesitó emplear la Italia romana hasta que Aníbal regresó a Africa. La necesidad de oponer a Aníbal, así en las grandes islas como en España, un número considerable de tropas, obligó al Senado a poner en pié de guerra las fuerzas de la Italia romana, que tan debilitadas se encontraban desde las grandes derrotas sufridas y la defección del Sur; lo cual influyó naturalmente muchísimo en la vida agrícola. El número considerable de muertos en la guerra y el hecho de tener que estar durante mucho tiempo separados de sus fincas los agricultores, perjudicó considerablemente al bienestar y a las prácticas agrícolas de esta comarca esencialmente agraria. Para aminorar en parte los efectos de este estado de cosas hubo que apelar a los libertos y a las clases mas bajas del censo romano, y de esta suerte el sistema de la esclavitud proporcionó por lo menos las fuerzas necesarias para el cultivo de las tierras de los grandes y medianos propietarios. Son dignas de gran admiración la perseverancia y abnegación patriótica con que los romanos y los itálicos soportaron durante tantos años estas cargas extraordinarias que siempre iban en aumento. Delante de estas brillantes cualidades desplegadas por todas las clases del pueblo romano-itálico, queda relegada a segundo término, aunque no es para olvidada, la culpa de algunos hombres que, como abastecedores ó bajo otros conceptos, procuraron enriquecerse con el fraude a costa del bienestar general. Solo una cosa fué entonces de lamentar: cuando en 216 se trató de llenar las muchas plazas vacantes en el Senado, el senador Spurio Carvilio propuso que se nombrara para algunas de esas vacantes a ciudadanos latinos que ya en sus ciudades estaban investidos de la dignidad senatorial. Tal proposición, sin embargo, fué desechada, especialmente por los romanos, que desde el año 220 habían desempeñado los cargos civiles, nombrándose los 177 senadores de entre los ciudadanos que

mas se habían distinguido durante la guerra. El excelente pensamiento de Carvilio no estaba acorde en aquella espantosa crisis con el sistema de la indestructible energía del romanismo; pero fué muy sensible que el orgullo romano no lo aceptara, ni entonces ni en tiempos posteriores.

IX. — MARCO CLAUDIO MARCELO. VICTORIAS DE LOS ROMANOS EN ITALIA Y EN ESPARTA

El Senado, para continuar la guerra contra Aníbal, después de deponer a Terencio, nombró interinamente al consular M. Claudio Marcelo que desempeñaba las funciones de pretor, y solo a costa de grandes esfuerzos se consiguió organizar en Roma un nuevo ejército. Las bajas sufridas en Canas y la pérdida de los cantones del Sur, de tal manera habían debilitado las fuerzas del reino itálico, que en Roma hubo de apelarse a medidas extraordinarias, no repetidas en lo sucesivo. Por un lado fueron llamados al ejército activo aun aquellos que no habían cumplido diez y siete años, y por otro se formaron legiones, no solo con los criminales y presos por deudas, cuyo número ascendía a 6,000, sino con 8,000 esclavos que fueron comprados a sus propietarios y a quienes se hizo entrar en el ejército, ofreciéndoles la libertad en premio de actos heroicos. El odioso derecho de guerra del antiguo mundo, según el cual el mejor ciudadano no estaba exento en caso de desgracia de ser reducido a esclavitud, como mas adelante el odio de raza contra los hombres negros y mestizos, que alimentó durante tanto tiempo la moderna América del Norte, dejó de regir durante aquellas extraordinarias circunstancias. Por eso para los romanos, que generalmente no tenían mas que esclavos blancos y que probablemente solo dieron las armas a los esclavos de confianza nacidos en Italia, la organización de tales contingentes no fué tan peligrosa como hubiera podido ser para la gran guerra que Lincoln sostuvo en la América del Norte la formación de regimientos de negros en Nueva-York y Cincinnati ó en Nueva Orleans y Baltimore. Los grandes aprestos que en Roma y en Italia se hacían corrieron bajo la dirección de M. Junio Pera, que había sido nombrado dictador con este objeto. El general plebeyo Marcelo, oficial experto y diestro en la guerra, quincuagenario dotado de gran energía y austeridad, que sabía como pocos inflamar el amor propio de los soldados, que no retrocedía ante violencia alguna y que poseía toda la confianza del pueblo, y especialmente la de Fabio, lanzóse de nuevo al campo con 25,000 hombres, tan luego como el gobierno se hubo convencido plenamente de que la capital no estaba en manera alguna amenazada.

Marcelo fué el alma del nuevo modo de dirigir la guerra, y con una victoria obtenida en 216, consiguió reanimar la confianza de sus soldados. En efecto, después de haber recogido en Apulia los restos del antiguo ejército, se dirigió a la antigua Campania y, con auxilio de las tropas que le fueron enviadas de Roma, tomó posiciones en Teanum Sidicinum, regresando luego a Casilinum, en cuanto supo que el dictador Junio conducía a aquel punto las tropas recientemente organizadas, para cortar a los cartagineses el camino del Lacio. Perdida Cápu, lo mas importante era salvar las ciudades griegas é itálicas que se habían mantenido fieles a Roma y que se veían amenazadas, ya por los elementos levantiscos que en ellas germinaban, ya por el ejército de Aníbal, que había logrado fortificarse en Campania y apoderarse de los importantes puertos de esta comarca que debían facilitarle las comunicaciones marítimas con Cartago. En es-



Marco Claudio Marcelo